

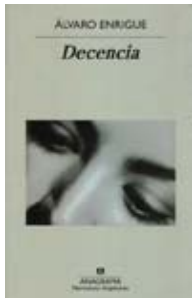
[Regresar](#) [Imprimir](#)

nexos en línea

Fecha: 01/06/2011

Si somos revolucionarios...

Roberto Pliego



Álvaro Enrígue,
Decencia,
Anagrama, Narrativas hispánicas,
Barcelona, 2011, 228 pp.

En *La muerte de un instalador*, un abierto homenaje a los paraísos decadentistas del barón de Huysmans y su novela *A rebours*, Álvaro Enrígue concibió a un joven millonario subyugado por las posibilidades estéticas de la morbidez: Aristóteles Brumell. Años más tarde ha convocado a otro miembro de esa familia, Longinos Brumell Villaseñor, tío abuelo de Aristóteles. Ya veremos si tiene el propósito de escribir la saga entera. Mientras tanto, aquí está *Decencia*.

Podemos intuir que los restos o los saldos de la Revolución mexicana continúan siendo fuente de curiosidad y exploración novelísticas. Tomárselos a pie juntillas es otra cosa. Qué tono elegir cuando ya leímos *Al filo del agua*, *Pedro Páramo*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Gringo viejo*. No, parece obvio, el del apego disciplinado a la tradición. En vista de ello, Álvaro Enrígue eligió un tono con el que ha probado sentirse a gusto: el de la parodia. Si *Decencia* fuera solamente una visión agria del nacionalismo revolucionario, de las corruptelas y de los calaveras que hicieron su riqueza a la sombra de discursos pomposos sobre la igualdad y la justicia social, si fuera otro ajuste de cuentas, por más irreverente que quisiera sonar, carecería de la originalidad que contiene, al menos en sus tratos con el tiempo. *Decencia* salva el pellejo —o se desmarca de la corriente general— cuando el pasado de Longinos Brumell se ve obligado a sobrevivir o adaptarse al presente, como lo ha hecho desde siempre, un 1973 por el que los generalotes, algunos sobrevivientes de la fiesta de las balas, siguen moviéndose en Cadillac, abriéndose camino a gran velocidad.

El viejo Brumell —debe contar la edad del siglo— ha sido secuestrado por un par de aprendices de guerrilleros urbanos y su madre, una mezcla desafortunada de cursilería y mano dura. Entre la evocación en primera persona de la infancia, la juventud y la madurez turbia de Brumell y la crónica en tercera persona del secuestro media el tránsito de un país rural a uno urbano y, sobre todo, la constancia de que los principios no están obligadamente reñidos con la resignación o el cinismo. Mientras el lector sigue los pasos de Brumell y observa cómo se llena los bolsillos de dinero, asiste también al reblandecimiento de la familia guerrillera. Este usufructuario de la Revolución se va convirtiendo en el ángel corruptor de los nuevos revolucionarios, devotos de Marx, Fidel, Mao y el Che.

Enrígue divierte, se divierte, y conduce la acción sin golpes de efecto, más bien con naturalidad. Mal harían algunos lectores en tomarse la novela como un discurso ideológico. Que la Liga 23 de Septiembre, que los camaradas en Puebla, Guadalajara, Sinaloa, Monterrey, parezcan unos niños de teta obedece a la intención de Enrígue de parodiar aquellas novelas que han intentado explicar la realidad mexicana y no, creo yo, imaginarla, es decir, presentarla como una posibilidad. Demasiado hartos estamos de las dobles intenciones de la política. ¿Encima debemos obligar a un novelista a decir lo que no ha querido decir porque no cree en que las leyes de este mundo sean las mismas que pertenecen a la ficción?

Decencia tiene lugar en Autlán, en Guadalajara, en la ciudad de México y en los caminos polvosos de Michoacán y el Estado de México. Guarda el recuerdo de funciones mudas de cine, del tequila adulterado con piloncillo, de Agustín Lara sentado al piano, y de una runfla de trepadores que pasaron del huarache al traje de tres piezas sin apenas arrugarse. Nostalgia es lo menos que desea celebrar, pero sabe recrear lo que se fue. Hay excursiones por la noche libertina que se antojarían producidas en formato 3D. Pero estoy convencido de que Decencia ocurre principalmente en la libertad de contar. Enríque trata con tanta mala educación a los clichés mexicanos que acabamos por creerlo todo. ¿Y acaso no es de lo que se trata? Creemos que un hombre de noventa años, el Arcángel Cisniegas, de apenas un metro cincuenta de estatura, es capaz de intimidar a un peso completo con placa de policía judicial; que un niño de once-doce años puede plantarle un tiro en medio de la frente a un capitán villista; que un juez puede firmar una orden de amparo a la vera de una carretera. .. y que unos guerrilleros, luego de caer rendidos ante los encantos de un pillo de cuatro suelas, se alistarán sin chistar en las huestes del narcotráfico, las mismas que hoy quieren apagarnos la luz. Ya que hace verosímil lo que no tiene cabida en los manuales de historia, Decencia resiste la calificación de comportarse de manera conservadora y renueva la certeza de que esa señora que pertenece a todos y a ninguno —la novela—, sólo ofrece sus favores a quien sabe faltarle al respeto.

Roberto Pliego. Escritor y editor. Autor de *101 preguntas para ser culto*.

www.nexos.com.mx